



Luis Guillermo Hernández, *Periodismo literario. El arte de contar historias*. Comunicación Social/ Ediciones y publicaciones, Salamanca, 2017.

Periodismo literario. El arte de contar historias, de Luis Guillermo Hernández.

Nuevo manual y antología de la Realidad Recreada

Adriana Candia*

Del ¿por qué y para qué?

Cuando la Red de Periodistas de Ciudad Juárez me pidió que presentara el libro *Periodismo literario. El arte de contar historias*, de Luis Guillermo Hernández no dudé mucho en aceptar. Hablando francamente: porque siendo yo misma practicante de este género, ¿o de la literatura periodística?, he visto la necesidad de que dicho género sea

reconocido a plenitud tanto por la colegiada del periodismo como por quienes canonizan a la literatura. Además, como soy una adicta a la lectura, no me parecía nada mal empezar mi lista de lecturas de las vacaciones de verano, con un libro nacido de la práctica de un periodista y bendecido por la academia española, como pude ver en el prólogo de David Vidal Castell, profesor de Periodismo Cultural de la Universidad de Barcelona.

La siguiente razón por la que acepté reseñarlo, presentarlo ante ustedes, me la dio la primera parte del libro, la llamada “Seres de historias”, en donde el autor explica por qué y para qué hacer este libro. Hernández apuesta todo en esa sección, a la magia, al poder de la palabra y sostiene que tanto el periodismo como la literatura “nacen de la palabra y de sus historias”, que son parte de un mismo río, que las fronteras de ambas “son porosas” y que ni el periodismo ha sido cien por ciento objetivo, ni la literatura totalmente ficcional. Hernández, ambicioso, desea validar con su libro al periodismo literario como “un método de interpretación de los hechos cotidianos”. Estábamos de acuerdo en eso. Me convenció.

Acerca del quién

Aun así, habría que saber algo del autor, quien resulta ser un inmigrante como yo. Le sumé unos puntos a su favor, como escritor. Resulta más difícil serlo y publicar cuando uno deja México. Además, el currículo académico y de periodista de Hernández es vasto: ha practicado el periodismo desde 1994; obtuvo el Premio Nacional de Periodismo Cultural en 2006; tiene dos maestrías, una en Comunicación Social y otra en Periodismo Literario, y también es Doctorante en Comunicación Social. Pensé que con su experiencia profesional y las herramientas de la disciplina académica para adquirir conocimiento, algo bueno nos daría a sus lectores.

Sobre el qué

Comienzo la lectura y veo que este libro nos ofrece tres grandes secciones o apartados. En el primero, “Periodismo literario: diálogo de muchos”, acomete a sus lectores con un gran repaso histórico, planetario, de las discusiones que han existido en torno a la separación o la unión de la literatura y el periodismo. Con ejemplos desde el siglo XVIII, de periodismo literario y un respaldo de análisis metodológico y propuesta didáctica, muestra lo que es el pe-

riodismo literario.

La parte central, la que consideré más rica y que él llamó “La esencia del relato periodístico literario”, es para mí, un manjar de fragmentos de este género, llámense crónicas, reportajes, relatos, viñetas, entrevistas en las que confluyen la literatura y el periodismo. Todo esto, adosado con lo que el académico considera las técnicas de redacción para estos géneros y en donde propone con narrativa, cuadros y diagramas, los métodos de aprendizaje del periodismo literario sobre los cuales comentaré más adelante.

En el capítulo de “Periodismo literario y nuevas narrativas”, que aunque muy interesante y válido por su calidad tan innovadora, es la sección menor en tamaño, no en calidad, y seguramente será el origen de un libro aparte.

En cuanto al ¿cómo?

Es aquí en donde la académica, escritora y periodista que llevo dentro trata de ser trucha con la lectura y justa en sus opiniones sobre *Periodismo literario. El arte de contar historias*.

En los años 70 del siglo pasado, la gran escritora mexicana, y por cierto también periodista, Ro-

sario Castellanos, discutía ya públicamente las posibilidades literarias de la entrevista de prensa y la necesidad de aceptarla dentro de la literatura. “¿Por qué no dar la bienvenida a un huésped mucho más recién llegado como lo es la entrevista, que nace en el menester del periodismo, pero que está dotado de las aptitudes como para dar el salto cualitativo y alcanzar una categoría estética?”, nos preguntaba la escritora en su texto periodístico literario “La entrevista de prensa, un género difícil”.¹ Y luego, muy a la Castellanos, con su dosis de sorna inteligente, se burlaba en ese texto de la angustia inútil de la humanidad frente a los cambios que trae consigo la inminente multiplicación de medios de comunicación, en lugar de abrirles paso y aceptarlos.

Algo de esa angustia humana avizorada por Castellanos se desvela en el libro de Hernández, junto con una necesidad de validar lo que su conocimiento y experiencia dominan. Una necesidad de estar al día, de acuerdo a las nuevas circunstancias tecnológicas, a los grandes cambios de mercado en que el periodismo escri-

to queda en desventaja frente a otros medios. Veo también en su libro: un hartazgo de encontrarse cada día frente a la pirámide invertida en los periódicos y revistas, una burla brutal ante el lenguaje formal de la noticia que a la fecha todos los periodistas hemos convertido en muletilla y muestra de infertilidad verbal.

Además, con su libro, Hernández busca educar al periodista, al joven y al viejo que no ha volado en las virtuosas alas del periodismo literario. En el primer apartado marca los inicios de este periodismo con la publicación, en 1722, del libro *Diario del año de la peste*, del periodista y escritor británico Daniel Defoe, quien narra y reconstruye los hechos ocurridos durante la peste bubónica de Europa en 1665.² Para Hernández, ese libro contagia a la literatura realista del siglo XIX con la idea de “copiar el mundo”, de mimetizarlo con palabras.

Es en esta sección en donde nos ofrece una definición, no la única, de “periodismo literario”: que es: “aquel que utiliza recursos expresivos y de composición considerados como propios de la literatura para relatar los

acontecimientos noticiosos, para transmitir información”.

En este apartado, otro acierto didáctico aprovechable para el nuevo estudiante de periodismo es la inclusión de una gráfica en la que vemos la forma en que algunos elementos del periodismo, llámense: veracidad, información, métodos de investigación de los géneros como la entrevista, la nota, la crónica, entre otros, presentados con elementos de la literatura tales como las figuras retóricas y literarias y características del drama, la novela, el cuento o el guion, pueden dar como resultado lo que se considera periodismo literario.

Luego, en la sección 1. 3, la de los antecedentes históricos, Hernández acierta nuevamente al compartir un fragmento del texto “Diez días en un manicomio”, como ejemplo del llamado Nuevo Periodismo emergido en los años 60, siglo XX en Estados Unidos, de Elizabeth Jan Cochran, quien firmaba como Nelly Bly y cuyo estilo, dice Hernández, será más tarde practicado por el famoso periodismo gonzo.³

Hernández reproduce fragmentos muy bien escogidos de grandes trabajos periodísticos literarios como el *México insurgente*, de John Reed; o del *Hiroshima*, del otro John, el John Hersey; y los *Despachos de guerra*, de Michael Herr, para ejemplificar la gama de diferencias en el lenguaje, presentación y estilo en los grandes trabajos de periodismo literario.

En la sección 1. 4 “Latinoamérica periodístico literaria” intenta demostrar que la tradición literaria periodística también existe en Latinoamérica. Hernández cita las palabras y los casos de los escritores modernistas Manuel Gutiérrez Nájera y José Martí, entre otros. De este último nos comparte con entusiasmo la crónica de la inauguración del Puente entre Manhattan y Brooklyn en Nueva York. En esta subsección intenta ejemplificar la forma en que el periodismo y la literatura forman un híbrido con “La historia de un peso falso” de Gutiérrez Nájera. No el mejor ejemplo creo. Uno más claro del mismo autor, habría sido “La mañanita de San Juan”, por ejemplo pero Hernández atina al antologar fragmentos de las viñetas periodísticas “Plano de la Ciudad

de México” de Salvador Novo, y del “Diálogo de lechería” de Roberto Artl.

Entiendo que cuando se hace una investigación, lectura y ordenamiento de tantos textos pueden ocurrir errores u omisiones no intencionales a la hora de escoger lo mejor o más ejemplificativo (y este libro cuenta con 121 entradas bibliohemerográficas). Por eso aviso que apunto con un afán constructivo, lo que me parecen “Pecados de omisión” en *Periodismo literario...* y uno de ellos es el no mencionar, al menos, a las escritoras y periodistas Rosario Castellanos y Cristina Pacheco, ambas con impresionantes antologías publicadas de su trabajo periodístico literario; tampoco vemos en lo antologado alguno de los múltiples y deliciosos textos periodístico literarios del uruguayo Eduardo Galeano.

Decía al principio que el apartado más rico en ejemplos de periodismo literario que antologa y explica Hernández en su libro es el 2. Destacables los fragmentos de trabajos de Rodolfo Walsh (p. 101); Joan Didion (p. 103); Marie Louise Scherer (p. 106); Germán Castro Caycedo (p. 113); Caparrós (p. 119); Ponia-

towska (p. 122); Kapuscinski (p. 122); Alexievich (p. 127); Monsiváis (p. 135); y Leila Guerriero (p. 153). Con sus ejemplos, el joven estudiante, el viejo periodista y el literato interesado en el periodismo, conocerán algo de lo mejor del periodismo literario internacional, y por si fuera poco, todo en español. Pese a esto, la abuela periodista que llevo a cuentas me obliga a señalar también los puntos que no me parecen tan acertados y congruentes en el libro *Periodismo literario. El arte de contar historias*.

Aquí es donde el autor critica el uso vicioso y estéril para el periodismo actual, de los estándares de estilo en el lenguaje formal y la pirámide invertida asignada primero por las grandes corporaciones de prensa y repetida como manual por el periodista mexicano Carlos Marín, abuelo del didactismo en el periodismo mexicano. Hernández considera los estándares no solamente “afecciones” (p. 65) o “anacronismos” (p. 67) del periodismo, sino que utiliza los adjetivos de “gangrena” (p. 65), “maldición” (p. 65), “perversión” (p. 66) para referirse a ellos. Pero, a pesar de su punto de vista, el maes-

tro que él lleva a cuentas no resiste la tentación de incluir senda gráfica de lo que es la “pirámide invertida” y la documentación de la misma en inglés y en español y la tabla entre las grandes diferencias que existen con el periodismo tradicional y el literario, aceptando que el primero, el de los abuelos y abuelas, ese periodismo “artesanal” al menos fue útil y eficaz para su época.

Me pregunto por qué en este análisis y presentación de diferencias nuestro autor no incluye el punto característico de la inmediatez de la noticia estándar, comparada con la mayoría de los ejemplos de periodismo literario que nos comparte, textos tan largos que se publicaron como libros y no de forma inmediata. Por ejemplo, el reportaje novelado de Vicente Leñero, *Asesinato. El doble crimen de los Flores Muñoz*.

El libro de Hernández, sin embargo, cumple con el objetivo de ser un manual de periodismo literario. Regala, a los nóveles periodistas, catálogos y tablas muy útiles, como la de la página 95 en la que enlista una cuarentena de posibles fuentes que el periodista literario puede

utilizar para enriquecer su trabajo, desde los tradicionales testigos del hecho noticioso hasta el uso de la información en las redes sociales, pasando por archivos secretos, diarios personales o blogs y sitios de la red. Perfecto, pero yo no veo al ejército de periodistas del planeta que trabajan la noticia diaria, gastándose la mayor parte del día en una investigación para escribir un solo texto periodístico literario. Esto, pensando que el asunto con toda esa información pueda comprimirse en un texto que cada uno de ellos lograra escribir en unas pocas horas. Como cronista que he sido, puedo asegurar que además de todos los consejos y técnicas, el elemento principal para lograr algo así, es la Señora Experiencia.

Un pecado de omisión más, es en cuanto al trabajo de entrevista de la periodista y escritora Oriana Fallaci, a quien menciona y da un espacio como cronista. Pero ignorar una compilación de 600 páginas de sus entrevistas más importantes, que encajan a la perfección en lo periodístico literario, me parece grave si el libro pretende ser educativo sobre el género.

Pero regresemos a los aciertos, otro de ellos en este libro es la inclusión de una metodología de la investigación para el texto periodístico literario basada en las reglas de investigación de la sociología (p.92) donde habla de la inmersión para investigar un suceso.

Uno más y de lo más honesto de este autor me pareció su reconocimiento a que es directamente de la literatura de donde él toma el registro y explicación de las técnicas de narración y escritura de los textos periodísticos literarios. Aunque, para continuar con mi empeñoso afán de hacer justicia, habría que aclarar que incluso el más simple manual de composición o libro sobre creación literaria maneja y explica los elementos clave de redacción que Hernández reproduce como reglas, consejos para escribir buenos textos periodístico literarios. No hay grandes diferencias entre lo que se considera en literatura la diversidad de puntos de vista, voces narrativas, escenarios, tema, clímax, manejo de tiempos y espacios, por ejemplo, y lo que el autor presenta adecuándolos con ejemplos del periodismo literario.

Siguiendo con el cómo, en cuanto a la tercera sección del libro: sobre las nuevas narrativas del periodismo literario. Es la más actual en la que vemos ejemplos de lo que se está haciendo en cuanto a periodismo digital, de realidad virtual, con video juegos e integración del dibujo y formato de cómic. Un periodismo que requiere de todo un equipo de profesionales mucho más allá de la reportera y el fotógrafo y que termina con el lector pasivo al que antes había que darle la papilla de las respuestas a las preguntas básicas. Ahora el espectador, lector, es un protagonista que tiene la posibilidad de nadar en las aguas vivas de la noticia, gracias a las nuevas formas de periodismo virtual. Con esta sección muy bien documentada incluso con imágenes, Hernández logra su propósito de entregar el recorrido histórico del periodismo literario que nos fue mostrando desde el siglo XVIII hasta el XXI.

Aquí, la respuesta a la pregunta principal, ¿es recomendable este libro? Sí. Y agrego la mía a la demanda de Hernández por abrigar y practicar todos los géneros periodístico literarios sin miedo al cambio. Como

lo hizo en su momento Rosario Castellanos al pedir que se aceptara con tranquilidad a la entrevista de prensa dentro de la literatura, porque al fin y al cabo: "Parece como si en el ámbito literario, fuera también aplicable la ley según la cual, en el universo nada se crea y nada se destruye, sino que todo se transforma".

*Narradora juarese, periodista y Maestra en Artes; cuenta con diversas publicaciones en Estados Unidos, México y España; docente de literatura en la New Mexico State University.

² Luis Guillermo Hernández, *Periodismo literario. El arte de contar historias*. Comunicación Social/Ediciones y publicaciones, Salamanca, 2017, p. 24.

³ *Ibid.*, p. 43.

Fecha
de recepción: 2018-06-07
Fecha
de aceptación: 2018-08-29